

Así la Pedagogía comprende la ciencia ó la teoría de educar y enseñar, y el arte de aplicar esta teoría á la dirección, ya de un individuo completamente aislado, ya de varios individuos en común.

Abraza dos partes: la Pedagogía propiamente dicha ó la teoría y la práctica de la educación, y la didáctica ó el arte de enseñar.

La primera parte comprende el estudio del hombre y los medios de desarrollar y perfeccionar sus facultades.

La segunda, los métodos de comunicar la instrucción y los medios de organizar y dirigir las escuelas.



CURSO ELEMENTAL

DE

PEDAGOGÍA.

CAPÍTULO PRELIMINAR.

DEL MAGISTERIO DE INSTRUCCIÓN PRIMARIA Y DE LAS
CUALIDADES DEL MAESTRO.

La familia, el Estado, ó la familia y el Estado juntos, han intervenido sucesivamente en la educación del hombre. En los pueblos de la antigua Grecia se privaba á los padres de la libertad de educar á sus hijos para encargarse el poder civil de formar ciudadanos con arreglo á sus instituciones. En nuestros días se han hecho algunas infructuosas tentativas para resucitar el mismo sistema con idéntico fin, no faltando época en que el poder eclesiástico ha pretendido igual privilegio. Reconócese generalmente, sin embargo, las razones que militan en favor de la familia, y en España, como en otros países, se le concede este indisputable derecho, reservándose el Gobierno la necesaria intervención, como encargado de velar por el bien general, ó por el respeto á las leyes y á la moral pública.

La naturaleza ha concedido á los padres la prerrogativa de educar á sus hijos, y no sólo la ha concedido, sino que les ha impuesto la obligación de ejercerla. Dice el autor del *Emilio*, y dice bien: «El que no puede cumplir con los deberes de padre, no tiene derecho á serlo. No hay pobreza, ni trabajos, ni respeto humano que le dispense de alimentar y educar por sí mismo á sus hijos. Me atrevo á pronosticar á cualquiera que tenga entrañas y descuide tan santos deberes, que derramará por esta falta abundantes y amargas lágrimas sin consuelo.» Aunque el sistema de Rousseau sea absurdo y antisocial, no por eso deja de ser cierto cuanto se expone en este pasaje acerca de los debe-

res paternas. Nadie mejor que la familia que rodea al niño de continuo está en disposición de educarle; nadie puede sufrir tan de cerca ni tan cruelmente los efectos de una mala educación como los mismos que han sido causa de ella.

Bajo el techo doméstico y en los brazos de una madre se desenvuelven las más dulces afecciones y se adquieren las primeras ideas, que recordamos siempre con placer indecible. El padre de familia que cría y protege á sus hijos, la madre que los rodea constantemente de una solicitud tan tierna, que nada puede reemplazar en el mundo, al paso que inspiran profundas y afectuosas simpatías, ejercen saludable influjo con sus lecciones, y ejemplo para dirigir el corazón por el camino de la virtud. El padre y la madre estudian las necesidades de sus hijos, conocen su carácter, su aptitud, sus defectos, sus buenas cualidades; están de continuo en inmediato contacto con ellos; ejercen un ascendiente sin límites en su conducta, circunstancias todas sumamente favorables para la educación, y que prueban completamente que las leyes de la naturaleza la han puesto en manos de los padres, pues que se hallan éstos en situación tan favorable.

Querer despojarlos del derecho de educar á sus hijos sería un atentado contra la naturaleza, pero confiar exclusivamente la educación á su cuidado, en las circunstancias actuales de la sociedad, sería una falta de graves consecuencias. Sin hacer mérito de la ineptitud de varias familias, tropezaríamos desde luego con la imposibilidad de todas ellas. Hasta en las menos acomodadas se han multiplicado las necesidades de la vida, porque á las necesidades reales se han agregado otras muchas artificiales, no menos apremiantes. Para satisfacer unas y otras, los hombres, en su mayor número, se ven precisados á pasar el día en la práctica de un oficio, de un arte, ó en el ejercicio de una profesión, ó un destino público, que no les deja ni la tranquilidad de espíritu, ni la libertad de acción necesarias para los importantes y delicados cuidados de la educación doméstica. Las familias que cuentan con recursos suficientes para todas estas necesidades, se crean otras, cuya satisfacción absorbe todos los instantes de su existencia. No contento de vivir con comodidad, ni aun con lujo, el que posee riquezas aspira á aumentarlas, ambiciona honores, y anda tras de conseguir ascendiente, autoridad y mando sobre los demás. Tal es la condición del hombre: se crea necesidades ficticias cuando no puede acallar las verdaderas; se impone obligaciones que le abruman, y entre mil y mil detalles de la vida no le queda un corto espacio de tiempo para pensar en los deberes de padre de familia. Así es la educación doméstica completa pasa por un fenómeno raro, que se ve de tarde en tarde y que encuentra pocos imitadores.

Hay además otra causa que se opone á la educación exclusivamente doméstica. La instrucción de la niñez no se adquiere sino en lecciones especiales, que exigen un tiempo que no pueden consagrar los padres á este objeto, sin el sacrificio del trabajo indispensable para llenar apremiantes obligaciones. Para recibir esta instrucción tiene que separarse el niño de la fami-

lia, sustraerse de su influjo por una gran parte del día, y concurrir á la escuela pública á participar de tan inapreciable beneficio. Es, pues, evidente, que aun en el caso de que un padre quisiera llenar para con sus hijos los deberes que la naturaleza y la religión le imponen, no podría excusarse de compartir sus desvelos con la persona á quien todos convienen en confiar la instrucción de la niñez.

Obligado el padre á encomendar á otro los cuidados paternales, ó cuando menos á compartirlos con él, acude al maestro de instrucción primaria, que por su posición, por pasar con los niños una gran parte del día, tiene sobre ellos un ascendiente notable. El maestro entonces es el tutor, el segundo padre de los discípulos, cuya suerte se entrega en sus manos al ponerlos bajo su cuidado y vigilancia, y esto es lo que constituye la dignidad y excelencia del magisterio de instrucción primaria. ¿Hay en efecto destino ó profesión alguna, cuyos servicios sean más honrosos ni más importantes? ¿Quién está en disposición de hacer el bien en mayor escala que el maestro? ¿Quién puede ejercer una influencia más útil y poderosa en el corazón de los niños, durante aquellos años de la vida en los cuales son más vivas y poderosas las impresiones? ¿No está en sus manos el inspirar amor á la virtud, aversión al vicio, y difundir las doctrinas religiosas, que, al paso que glorifican á Dios, son el consuelo del hombre?

El maestro desarrolla las fuerzas físicas del niño, desenvuelve los preciosos gérmenes de que le ha dotado la Providencia, le inicia en la ciencia de la vida, y le prepara para el cumplimiento de su destino futuro como hombre y como ciudadano. La mayoría de los hombres participa de tan provechosos y trascendentales cuidados. Una generación tras otra recibe sus primeras impresiones, que son indelebles, bajo la influencia del maestro. En la escuela se forma la conducta y se aprenden los elementos de las ciencias aplicables en las profesiones á que cada uno se dedica y en los negocios comunes de la vida: habituándose el discípulo á practicar la virtud, adquiere á la vez capacidad para asegurarse una posición cómoda por medio del trabajo y la economía. El maestro, en fin, cuidando del bienestar de sus discípulos, coopera á la prosperidad y bienestar general.

Así, la instrucción primaria debe considerarse como un elemento necesario de orden y estabilidad social, y el magisterio como una especie de paternidad y no como una industria, como un sacerdocio y no como un comercio.

No obstante, la opinión pública rebaja el carácter del profesorado de una manera desmedida. El nombre de maestro parece que envuelve en sí mismo la idea del ridículo y del desprecio, y es objeto de burla y escarnio. Lejos de obtener el maestro la estimación, el respeto y las atenciones de las familias, recibe por lo común muy tristes desengaños de las mismas personas cuyos hijos adopta, acogiéndolos bajo su amparo y protección. Vive pobre, lleno de privaciones, y acaso, para colmo de ingratitud é injusticia, acaba sus días en la indigencia y la miseria, aban-

donado de todos, cuando no perseguido por los mismos que han recogido el fruto de sus afanes y desvelos.

La frívola opinión del vulgo (y la palabra *vulgo* tiene una acepción muy lata en esta parte) y la misma conducta de algunos maestros han dado lugar á estos males. La opinión general se deja deslumbrar por el brillo y ostentación de que distan tanto la sencillez y modestia, compañeras inseparables de las funciones del magisterio y causa perenne de que los que no meditan ni ven las cosas más que por la superficie, miren con desdén los provechosos beneficios de la instrucción primaria. Mas la causa principal es menester buscarla en las cualidades de algunos que han entrado en la carrera sin los requisitos convenientes, ó no han observado la conducta que correspondía á su delicado encargo. La prueba está en que, á pesar de la opinión desfavorable acerca de la importancia del magisterio, los que son dignos de ejercerlo, todos, al cabo de cierto tiempo, con ligeras excepciones, llegan á conquistarse en los pueblos el lugar que les está designado por sus servicios.

Por eso la conducta del maestro es el recurso más poderoso para destruir ó amenguar por lo menos la errada y funesta opinión que tiende á rebajar la excelencia del magisterio. Antes de abrazar la carrera es preciso medir las fuerzas con que se cuenta para llenar los deberes que impone: el que no se encuentre dispuesto á cumplirlos, debe buscar otra profesión; el que tenga confianza en sí mismo puede seguirla, pero sin perder nunca de vista el difícil y espinoso camino que ha emprendido. Sólo así logrará conseguir y conservar el ascendiente y consideraciones necesarias para llenar con provecho todas sus obligaciones.

Para ser maestro se requiere virtud, ciencia, prudencia, celo, perseverancia y otras cualidades análogas. El maestro ha de consagrar los mejores años de la juventud y de la vida entera, sin descanso y sin perdonar cuidados, á proporcionar á sus discípulos, que son sus hijos, el bien más precioso y esencial, cual es el de la educación. Ha de contribuir á asegurar la felicidad de éstos desarrollando su inteligencia, ennobleciendo su corazón y fortaleciendo su voluntad y dirigiendo el desarrollo de todas las facultades del alma y del cuerpo. Para esto es preciso conocer el carácter y las inclinaciones de los discípulos, servirles de ejemplo, y presentarles por modelo su misma vida como una protesta continuada contra el vicio y un llamamiento perenne á todas las virtudes.

La vida del maestro es activa y laboriosa. Después de ocuparse en la clase por espacio de seis horas, necesita consagrar otras varias para ordenar los registros necesarios á la conservación del orden y los progresos de los discípulos; debe prepararse para las lecciones y ponerse en relación con los padres y con las autoridades. Al fin del día le quedan pocas horas de reposo, y tanto menos, cuanto mayor importancia tenga el magisterio que desempeña. Obligado á dar ejemplo á sus discípulos en todas las cosas, debe ser exacto y puntual en asistir á la escuela, ocupando el lugar que le corresponde antes de principiar

los ejercicios y siendo el último en abandonar su puesto. Durante la clase, al mismo tiempo que explica en una sección y que estimula y reprende á los desaplicados, cuida del orden de las demás secciones, y premia y castiga asimismo á los que son acredores á premio ó castigo. De esta suerte pasa las seis horas de clase en un trabajo penoso y difícil, sin ningún género de descanso.

Si bien la profesión de maestro no impone un trabajo corporal como el que exige el cultivo de los campos ú otras ocupaciones puramente mecánicas, exige un trabajo tal vez mayor, porque al corporal se agrega el del espíritu, estando obligado el profesor á hablar y obrar con una energía y una prudencia que destruye sus fuerzas y hasta su salud al cabo de pocos años. Tan ímproba tarea requiere, pues, robustez y vigor para poder resistirla. Una persona achacosa y de constitución débil y enfermiza, no es capaz de soportar tan penosos y continuados esfuerzos. No puede ser exacta y puntual en la asistencia á la escuela y en el cumplimiento de las demás obligaciones que lleva consigo su destino, y comunica á los niños la misma falta de exactitud y puntualidad, que bien pronto se convierte en hábito de desorden y desaplicación, capaz de contrariar al maestro más entendido y de mayor robustez, cuanto más al mismo que da motivo á esta falta.

Como consecuencia de esto, fácil es deducir que el maestro de instrucción primaria ha de ser sano y robusto, y que el que no reúna estas cualidades no debe pensar en la carrera de la enseñanza. Si en la suposición de que no tenga otro encargo más que el de la escuela no puede cumplirlo, ¿cómo lo cumpliría si tuviera que ocuparse en lecciones particulares, en el servicio de la secretaría de ayuntamiento ó en otros trabajos más penosos, cuya retribución pudiera servir de suplemento al corto sueldo del magisterio para satisfacer las necesidades más urgentes y perentorias de la familia?

Mas si las cualidades físicas del maestro son de grande importancia, las intelectuales y morales son absolutamente indispensables y de gravísimas consecuencias.

Entre todos los deberes de un maestro, el de la instrucción es el que más generalmente se reconoce y acaso el único de que se exigen pruebas fehacientes. Para instruir es preciso ser instruido, y para enseñar es preciso tener los conocimientos que se pretende comunicar á los discípulos. Hasta aquí todos están conformes; pero no lo están en cuanto á la extensión de los conocimientos del profesor y en cuanto al talento necesario para comunicarlos á niños de diversas edades y disposiciones. La ley determina las materias de enseñanza para cada clase de escuela, y parece que basta á cada profesor estudiar las que abraza el programa de la clase que aspira á dirigir; sin embargo, no es así; en la enseñanza secundaria y superior, para explicar una asignatura, la de física por ejemplo, le basta al profesor estar instruido en ella; en la enseñanza primaria es necesario además poseer otros conocimientos, porque los niños,

careciendo de muchas ideas, hacen continuamente preguntas y proponen dificultades sobre varios y diversos puntos, á que es preciso satisfacer, á fin de que no se entorpezca el desarrollo de su inteligencia.

Destinado el maestro á preparar á sus discípulos para todas las carreras y profesiones, después de haberlos preparado para la carrera de la vida, necesita poseer una instrucción sólida y extensa, sin que se entienda por eso que deba ser un sabio. Hay materias en que debe hacer un estudio profundo, en las que debe sobresalir, como son las correspondientes á las escuelas elementales, y hay otras en que le bastan nociones, y algunas en las que sólo penetra para adquirir algunas ideas, y aun sin conocer el nombre de la ciencia. Determinar á qué debe reducirse su instrucción en lo que no abraza el programa de las escuelas elementales, es lo que ofrece dificultad; mas esta dificultad toca resolverla al Gobierno y á los profesores de las Escuelas Normales. Además de los conocimientos indispensables para la educación y enseñanza general, debe poseer el maestro los conocimientos cuya propagación puede facilitar el ejercicio de los oficios mecánicos y de las profesiones industriales, y los que puedan servir para explicar los fenómenos más comunes de la naturaleza y desarraigar preocupaciones vulgares que se transmiten de generación en generación con grave daño de los que están expuestos á dejarse dominar por ellas.

Las lecciones de la Escuela Normal no son suficientes por sí solas. Sirven de preparación, y ofrecen bajo este aspecto una grande importancia; pero es menester completarlas por la meditación y el estudio general. Son indispensables para preparar al maestro futuro; pero se pierde luego todo su fruto cuando se abandona el estudio. De tantas y tan varias materias explicadas de prisa y á un mismo tiempo, no queda luego más que un recuerdo vago y confuso, cuando no falso y absurdo, cuando no sea un verdadero caos. Al salir de la escuela todos se consideran instruídos, cuando no se tienen por unos sabios, capaces de disertar y argüir con las personas más inteligentes sobre las materias que han estudiado, y al empezar el ejercicio de la profesión, todo son dificultades y embarazos. Y esto es muy natural, porque todo el saber y todo el celo del profesor no puede conseguir sino extender el germen de la instrucción: el discípulo no ha hecho más que entrever; su inteligencia sale más bien sobrecargada que enriquecida de conocimientos. El trabajo individual del alumno ó del aspirante á maestro, el estudio, la reflexión, la experiencia diaria y continuada es lo único que puede madurar y desenvolver las semillas sembradas en la Escuela Normal. Para apropiarse estos tesoros es menester que intervenga el juicio, pues de otra manera no se conservarán más que ideas vagas é incoherentes.

Es, pues, una de las cualidades del maestro la instrucción, y una instrucción sólida y variada, aunque no profunda, en todas las materias. Es preciso que aprenda, y que aprenda bien; que se aproveche de las lecciones recibidas, reflexionando sobre

ellas; que se acostumbre á juzgar de las cosas con acierto, pues que un estudio superficial sólo sirve para aprender palabras de memoria. Nociones bien dirigidas y coordinadas, principios claros y precisos, y el hábito de exponerlos con claridad y sencillez, deduciendo las consecuencias útiles y entrando en los detalles necesarios, es lo que constituye un buen maestro; es decir, que debe saber bien y no abandonar el estudio, y debe también saber enseñar.

Sobre este último punto dice Mr. De-Gerando: «El talento de enseñar no consiste solamente en la facilidad de exponer: supone también el arte de presentar las cosas bajo su aspecto natural; la habilidad de prepararlas de la manera más conforme á las necesidades de los discípulos; la inteligencia de los buenos métodos; el hábito de aplicarlos; el uso de las formas más á propósito para hacer penetrar la luz en el espíritu; la claridad en las ideas y la claridad en el lenguaje. Cuanto menos adelantados son los discípulos, es necesario descender más hasta ellos. El talento de enseñar á los niños pequeños, á los niños descuidados hasta entonces, es un don muy particular, que se adquiere en parte viviendo entre ellos; pero que exige además que sepa el profesor ponerse á su nivel, despertar su inteligencia, simplificar las nociones y hacerlas familiares.»

Tales son las cualidades del maestro con respecto á su inteligencia; falta examinar ahora las cualidades morales.

Bajo el aspecto moral, el maestro debe cuidar de su carácter y conducta. En otra profesión cualquiera la falta de cualidades morales podrá perjudicar al que la ejerce; en la del magisterio sería origen de males sin cuento para infinitas familias, cuyos hijos sufrirían los daños causados por la negligencia ó por el mal ejemplo del maestro. Así, estas disposiciones son las que más deben mirarse, y con tanto mayor motivo, cuanto que es difícil acreditarlas en las pruebas para la obtención del título que habilita para dedicarse al magisterio.

El primer deber moral del maestro es el amor á su profesión y las simpatías á los niños. En el ejercicio de esta carrera, los bienes físicos y materiales son escasos; cuando más, bastan para llenar las necesidades precisas de la vida. El que tenga otras pretensiones sufrirá un triste y tardío desengaño. El hombre tiene obligación de procurarse una existencia cómoda é independiente para vivir con decoro y obtener la consideración que su posición reclama, especialmente cuando está unida á la suya la suerte de una familia. El maestro, como los demás hombres, tiene derecho y tiene obligación de procurarse los recursos indispensables; pero debe estar persuadido de que el mundo le concede poco y no está en disposición de otorgarle mucho más. El único medio de conseguir algún bienestar material consiste en la economía, en contentarse con poco y establecer un plan de vida sencilla y frugal. Los bienes morales son de un valor infinitamente mayor, y éstos son los únicos que deben decidir al maestro por su profesión, sin persuadirse tampoco que puedan adquirirse por su medio las distinciones públicas. No hay,

pues, riquezas ni honores en la carrera del magisterio, y sólo el deseo de hacer bien en el silencio y en el olvido es el móvil puro y verdadero de abrazarla.

Hay maestros, pocos por fortuna, que se avergüenzan de su estado. Se consideran muy superiores á la modesta misión de que están encargados, y declaman continuamente contra su ministerio, haciéndose indignos de ejercerlo. Acaso la esperanza de mejor posición ó las pretensiones de optar á los ascensos concedidos á los que se distinguen por su inteligencia y celo, después de pasar sus mejores años entre los niños, les han obligado á abrazarlo. Mas aunque logren ver realizados sus deseos con perjuicio del mérito, con perjuicio de la educación y en contra de la justicia, sufren mientras tanto los disgustos, los sinsabores y todos los males que son consecuencia de la lucha establecida entre su ambición y orgullo y sus modestos y piadosos deberes, entre la presunción que les obliga á querer sobreponerse á los demás y la incapacidad de elevarse ni de salir de la situación vaga y anómala que se han creado. La escuela no es para ellos sino un suplicio largo y penoso; porque su pensamiento, ocupado en cosas extrañas á sus deberes, no se fija nunca en los niños, sino para suspirar por el momento de abandonarlos. Cada minuto que tarda en terminar la clase se le hace un siglo; y cuanto más desea que pasen rápidamente las horas de su tormento, parece que marchan más lentas las oscilaciones del péndulo. Tal es la fatiga y el disgusto incesantes del que abraza el magisterio con miras interesadas é indignas, en vez de decidirse por motivos honrosos y legítimos.

Con el amor á la profesión del magisterio está identificado el amor á los niños, sin el cual los esfuerzos del maestro para llenar sus deberes son inútiles; y en lugar de cumplir un deber importante y sagrado, ejerce un oficio mecánico y desagradable. Pero las simpatías hacia los niños han de ser superiores al desaliento que puede provenir de la ineficacia de sus lecciones y de sus trabajos, y á los crueles desengaños que se expone á recibir de ellos y de las mismas familias. Ni la ligereza, ni la distracción, ni las importunas preguntas que le dirijan han de ser motivo bastante para retraerle de amar á todos y á cada uno de sus discípulos, de interesarse en su bien, de preservarlos de los males que les amenazan, preparándoles un dichoso porvenir.

Para esto se requiere una paciencia sin límites. El niño no comprende una explicación después de repetírsela cien veces, porque la distracción le impide atender á las lecciones; dominado por la pereza, no es fácil obligarle al estudio, ni hacer fijar su fugaz y pasajera atención á pesar de todos los esfuerzos; pensando siempre en los juegos, no hay medio de reprimir su inquietud; en fin, dejándose llevar de las inclinaciones propias de la edad no es posible enmendar sus defectos ni destruir sus vicios, por más que se corrijan y ataquen; siempre hay una lucha abierta entre el maestro y el discípulo, y en esto consiste la verdadera virtud, porque no hay paciencia sin contradicciones. El mérito está en no desanimarse nunca y en tener bastante

dominio sobre sí mismo para no perder la calma y tranquilidad habituales. Los esfuerzos inútiles de un día, se reproducen el siguiente y los siguientes, y de este modo, á fuerza de perseverancia, se logra el fin que se apetece. El que se deje llevar de la cólera en vista de la desobediencia de los discípulos, faltándole el dominio sobre sí mismo, lo pierde también para con los demás, y se crea mayores resistencias, mayores obstáculos, en vez de destruirlos. La lucha del maestro ha de ser interior, secreta, oculta para todos menos para él mismo, guardándose bien de que no se descubra por sus acciones, por sus ademanes ni por su voz, que han de permanecer inalterables, ó de otro modo perderá el ascendiente necesario para dirigir á los niños.

Pero cuídese mucho de no confundir la paciencia con la apatía, con la insensibilidad ó con la resignación. El maestro no debe ceder nunca en sus buenas resoluciones, en realizar sus excelentes ideas. Si no se encuentra con fuerzas suficientes para combatir la desaplicación, la desobediencia y cuantas dificultades pueden ofrecerse, suele contemporizar con los niños, deja para mañana lo que debía esforzarse para remediar hoy, y ese mañana nunca llega. Así pasa un día tras otro día, un mes tras otro mes, y nunca se logra remediar los males. Este es el defecto de las personas de carácter débil, contra el cual deben estar siempre prevenidos los maestros. Lo que un día es difícil, el siguiente aumenta su dificultad en lugar de disminuir, y cuanto más pasa, mayores esfuerzos son indispensables para ejecutarlo porque se acrecientan los obstáculos, y hace progresos la debilidad de carácter á medida que se contemporiza con esta disposición del alma.

La paciencia supone en el maestro un gran caudal de bondad y de firmeza á un mismo tiempo, y estas dos cualidades, en efecto, son esenciales al que ha de vivir entre los niños. La una excita en éstos el amor y el respeto, y la otra produce un temor bien entendido. Ambas juntas son causa además del orden, la aplicación, y por consiguiente de la disciplina y de la buena conducta de los discípulos.

La bondad es el sentimiento que debe dominar en la educación. La bondad que nace del amor rechaza los movimientos bruscos y violentos, las miradas duras y furiosas, la sequedad en los mandatos. La bondad se abre paso hasta el corazón de los niños, gana la confianza, y los obliga á considerar la escuela como un lugar de placeres puros y lleno de atractivos. El tono afable y bondadoso encuentra eco en todos los corazones; en el mando, lleva tras sí la obediencia; en la repreensión, el arrepentimiento. Para las palabras de un maestro bondadoso están atentos todos los oídos para escucharlas y todas las inteligencias preparadas para comprenderlas. Por el contrario, las palabras groseras ó insultantes producen al principio un miedo exagerado y servil, que paraliza el ejercicio de todas las facultades del entendimiento y del corazón, y más tarde promueven la desconfianza, la aversión y la cólera.

La conducta del maestro debe ser igual con todos sus discí-

pulos; el rico como el pobre, el grande como el pequeño, el sobresaliente como el de escasa inteligencia, todos tienen igual derecho á su estimación y á sus cuidados. Las distinciones son fatales al ascendiente y á la autoridad del maestro; pero no son iguales todos en la situación en que se hallan, y esto exige alguna diferencia, que sin perjudicar á ninguno, sea provechosa al que las motiva. Niños hay al parecer y en realidad groseros, degradados acaso, sin que esto dependa de su voluntad. Fatigados sus padres en trabajos penosos con que ganan su escaso y precario sustento, corrompidos y llenos de vicios brutales, efecto de la misma miseria que los rodea, llegan á casa á disfrutar un momento de tranquilidad y reposo, y suelen ofrecer á su familia ejemplos poco dignos de imitación. Sus hijos, tiernas criaturas dispuestas á recibir todas las impresiones, pierden la natural candidez é ingenuidad, adquieren modales bruscos y groseros, y una cortedad y timidez que los aleja de todas las personas que tienen otros modales y que ejercen alguna autoridad. Estos desgraciados apenas han experimentado la ternura y caricias maternas, y al maestro toca hacerles partícipes de las afecciones que les niega su familia, y preservarlos en lo posible de los males que los amenazan en el porvenir. Acostumbrados á los malos tratamientos de la familia, desconfían de todo, no se atreven á fijar la vista en el profesor cuando éste los mira, no osan desplegar sus labios para dirigirle la palabra, bajan la cabeza cuando se les aproxima; en fin, dan señales que bastarían para calificarlos de completamente estúpidos, si no se supiese que las privaciones corporales aletargan las facultades del alma y contrarían su desenvolvimiento. El embarazo, la humillación, la vergüenza que sufren en medio de los condiscípulos, las ropas sucias de que están vestidos descubren al momento á los hijos del pobre que vive de la caridad pública y que asisten á las escuelas de limosna. ¿Puede haber estado más triste y lastimoso? ¿Será injusto establecer alguna diferencia en favor de estos infelices? ¿No tiene un deber especial el maestro de animarlos, dirigiéndoles palabras afables y tratándolos con benevolencia, especialmente cuando logran hacer algunos adelantamientos?

Un buen maestro oye continuamente una voz que grita desde el fondo de su alma, recomendándole los cuidados que debe á estos niños débiles y desamparados. Siguiendo los impulsos de su corazón consuela al affigido, dulcifica los modales groseros, alienta al que se intimida, reanima al que se abate, y se vale de mil atractivos para inspirar confianza á los que se hallan en una posición desgraciada. En esto no hay predilecciones, no hay deferencias injustas, porque se da á cada uno lo que necesita, cumpliendo con un deber de conciencia.

No se crea, sin embargo, que la bondad es suficiente para la educación de los niños. La ligereza, la distracción, los caprichos de éstos, y sobre todo, la debilidad de la naturaleza humana, exigen cierta prudente severidad, cierta firmeza de carácter, sin la cual no hay autoridad y disciplina posibles. El ascendiente

moral del maestro, debido á su carácter más bien que á su destino, la superioridad de su razón, su afabilidad, en fin, disponen á los niños al respeto al mismo tiempo que á la estimación; pero para fortalecer y arraigar estos dos sentimientos se necesita además hacer uso de la autoridad. Cuando observan los niños que la bondad del profesor es inseparable de la firmeza de carácter, que cuando toma una disposición sus palabras bondadosas son estables, renuncian á los medios de sustraerse á la obediencia, y desaparece el desorden y la desaplicación. Conventrá ser indulgente en ciertos casos cuando descubre un arrepentimiento profundo y sincero y no se ha cometido la falta con malicia, cuando por este medio no se excusa el discípulo del cumplimiento del deber, sino que se facilita su cumplimiento ó se le auxilia para cumplirlo; pero si la indulgencia degenera en debilidad, en mal entendida complacencia, se pierde completamente la escuela. No debe exigirse nada sino después de una madura reflexión, no debe imponerse deber alguno imposible de cumplir; pero una vez determinada una cosa, es menester ser inflexible hasta que se haya ejecutado.

A estas cualidades relativas al carácter, debe añadir el maestro una conducta moral y religiosa ejemplar.

Las familias, el gobierno, la sociedad, todo reclama del maestro instrucción, y principalmente virtudes. Si la ignorancia inutiliza al hombre para ciertos actos, para ejercer determinados destinos, el vicio lo corrompe y lo convierte en azote de la humanidad y de sí mismo: la ignorancia paraliza las facultades y las disposiciones naturales; el vicio las pervierte y las envenena. La ciencia es útil, es necesaria cuando se encamina al bien; la ciencia egoísta, sin las inspiraciones de la caridad, seca y arruga el corazón. El maestro, pues, cuya vida sirve de norma y de guía á los discípulos, debe seguir una conducta irreprehensible y conservar firmemente grabada en su alma la fe cristiana para la felicidad de los educandos, y para sostenerse él mismo en el cumplimiento de los penosos deberes de su ministerio. Es menester, por tanto, que trabaje incesantemente en su propia santificación, que extirpe de su alma, no sólo los vicios groseros y repugnantes á un cristiano, sino hasta las faltas ligeras, que, si en otras personas no tendrían graves consecuencias, serían en él en extremo peligrosas.

No se concibe que el que se consagra al sacerdocio de la educación abrigue sentimientos inmorales é irreligiosos; no se concibe que el maestro quiera voluntariamente ser la piedra de escándalo en la escuela y fuera de ella; pero los ejemplos del mundo son demasiado funestos, sobre todo para los jóvenes que empiezan la carrera de la enseñanza. El que á la vista de buenos ejemplos hubiera amado y ejercitado la virtud, en medio de una atmósfera corrompida, en medio de la intriga y de actos vergonzosos que conducen á una fortuna, á un bienestar más vergonzoso todavía, aunque de brillante apariencia, se familiariza insensiblemente con el crimen, ahoga por grados la voz de su conciencia, que grita cada vez con menos fuerza, si no está

sostenida por una virtud sólida, fundada, no en principios de conveniencia, sino en los verdaderos principios de la religión.

¡Cuántos hombres no entran en la carrera de la vida con valor, dispuestos y determinados á respetar su conciencia y seguir fielmente sus inspiraciones, y no obstante se extravían, se pierden á los primeros pasos, ó quedan reducidos á la más completa nulidad! ¡Cuántos con las mejores disposiciones se dejan seducir por hombres despreciables, sin fe, sin pudor, sin vergüenza! ¡Cuántas veces el respeto humano solamente nos hace flaquear en nuestras creencias y convicciones, y nos arrastra por último hasta la corrupción y el vicio! Hombres hay que á presencia de los que hacen alarde de cinismo é irreligión se avergüenzan de su propia virtud y la ocultan: reniegan hasta cierto punto de ella. La debilidad los fuerza á pervertirse, y llegan á tal punto de miseria y degradación, haciéndose tan infelices como malvados. En los maestros que deben á la niñez la edificación y el ejemplo, esta conducta, que en los demás sería una falta grave, se convertiría en un crimen horroroso contra la sociedad, contra la moral y contra la religión. ¿De qué sirven las palabras cuando las contradice el ejemplo? ¿De qué sirve hablar de virtud cuando la conducta del que habla predica el vicio? Esto no es otra cosa que añadir al crimen la hipocresía: no contentarse con pervertir á los niños y querer corromperlos completamente.

Así, debe arreglar el maestro su conducta á los principios santos y puros del cristianismo. En su casa, en la escuela, en público, todos sus actos, todos sus pensamientos deben ser la expresión de la honradez y de la cortesía. Profundamente religioso, se guardará bien de hablar de la religión sin un respeto profundo; no la profanará mezclándose en controversias peligrosas, la explicará á los niños sin traspasar los límites que la ley prescribe, y fuera de esto dará prueba de ella más bien con sus hábitos y conducta que en sus discursos, cumpliendo exactamente lo que manda, y absteniéndose en un todo de lo que prohíbe. En todos los actos religiosos se presentará con candor y sencillez, que, como la decencia y la modestia, añaden nuevo lustre á la virtud, evitando la ostentación y las demostraciones inútiles.

Para observar esta conducta no es menester condenarse el maestro á una vida de mortificación y de penitencia continua; no es necesario que se retire del comercio del mundo; la virtud es rígida, severa en cuanto á la exacta y fiel observancia de sus preceptos; pero en lo demás es risueña y no se opone á los placeres honestos que sirven de recreo al espíritu y de alivio á las fatigas del cuerpo y del entendimiento. Prohíbe las amistades peligrosas, la asistencia á las diversiones groseras é indignas de los hombres de bien; pero exige al mismo tiempo las relaciones sociales, y aconseja la concurrencia á las reuniones de personas honradas para distraerse. El maestro está obligado á mantener relaciones con las familias de los discípulos y con las autoridades, y no debe renunciar á las de la amistad. Para ser y aparecer hombre de bien no es necesario huir del comercio de

los hombres, ser huraño y montaraz y áspero en el trato: no es preciso vestir un sayal y tener la vista fija en el suelo. Por el contrario, austero para consigo mismo, riguroso en cuanto al cumplimiento de sus deberes, el maestro ha de ser afable, tolerante é indulgente para con los demás, sin reprimir su alegría en las ocasiones y lugares convenientes. Sin faltar á la sencillez puede y debe vestir aseado y con cierto gusto, que constituye la principal elegancia; debe apartar los ojos de la tierra para evitar los pensamientos terrenales, y con la frente erguida, en señal de honradez, elevarlos al cielo para contemplarlo como su morada futura, y mirar á los hombres como á sus semejantes, con los cuales vive en sociedad en este mundo. Ha de ser humilde, pero no hasta la humillación: antes que todo es hombre, y tiene el deber imprescindible de conservar la dignidad de la naturaleza humana; de modo que siendo obediente, sumiso, atento con todos, jamás debe consentir en rebajarse hasta una condescendencia degradada y servil.